

Viendo mi padre que, en las instrucciones de reformas que se hallan entre mis papeles y en que se mandaban entregar los efectos de las galeras, no se nombraba expresamente el estandarte real que arboraba la Capitana, y en que estaban las armas de España, creyó no deberle entregar á la marina ni almagacenes sin especial orden, é hizo á este fin una representación en 11 de Diciembre de 48, que se halla entre mis papeles relativos á esta reforma. Representaba en ella ser aquellas insignias las primitivas de la marina española, citando las acciones en que en 1673, 85, 98, y 1701, y 702 se habían hecho particularmente respetar, y á sus expresiones acreditaba el celo y gusto con que á su vista había sabido exponer su vida repetidas veces, y el efecto que, como experimentado, conocía producían en las ocasiones en los militares semejantes estímulos, imaginarios en el fondo, pero incalculables por sus efectos; pero como en la secretaría sólo calculaban el valor del tafetán, respondieron lo entregase como lo demás en los almacenes. Mi padre, que había visto siempre en aquella insignia el Rey y la nación para perder por ella su sangre, recibió en esta respuesta el golpe de gracia que acabó de arruinarle. ¡Véase qué diferente efecto produce un mismo objeto, según el valor que le da la imaginación, y que esta lección sirva de escarmiento á los que

la leyeren y lleguen á mandar, para no olvidar nunca lo que pierden y empobrecen al Soberano y á la nación, en no querer sacar el partido que deben de las preocupaciones útiles de los hombres! Si la respuesta del Ministro hubiera sido alabar el celo del General, y mandarle conservar en su casa aquellas últimas insignias, haciéndole con este motivo un elogio para consolarle de su reforma, le hubiera vuelto la vida á poca costa y obligádole acaso á confesar, pasado el primer momento, la utilidad de la misma reforma que queda indicada arriba.

#### NOTA SEGUNDA

*Relativa á la última enfermedad del Rey Fernando el VI, que fué el 28 de Agosto de 58, en Aranjuez.*

Inmediatamente que murió la Reina Bárbara, se trasladó el Rey al antiguo castillo de Villaviciosa, distante de Madrid dos leguas, cuyas espesas murallas parecían, más que otra cosa, una prisión y no un lugar destinado y propio para distraer el ánimo de un melancólico, y la aridez de sus inmediaciones no eran tampoco capaces de contribuir á conseguir el fin. Sin duda que el motivo que obligó á escoger esta morada fué bus-



car un paraje próximo á la Corte en que el Rey no hubiese nunca estado con la Reina, su esposa, á fin de quitarle todos los recuerdos melancólicos que esta memoria podría ocasionarle. Pero el pueblo, que amaba poco al Mayordomo mayor del Rey, le culpó en la elección, y tuvo tanto más motivo de murmurar de él, que no fué á hospedarse á Villaviciosa, donde sólo iba algunas veces, teniendo su residencia en Madrid, con un pretexto frívolo de salud. Esta conducta era tanto más chocante, cuanto que dicho señor había sido siempre particularmente querido y distinguido por el Rey.

Entregado, pues, á sí mismo nuestro santo Monarca, creció de día en día su tristeza y el abatimiento de ánimo, y, aunque salía por las tardes un poco á caza, aquella diversión, que ocupaba su cuerpo, no aliviaba su imaginación, que era su tormento. Sólo se le notaba algo de alegría y un interés particular en saber del correo de Italia, y estaba siempre impaciente el día de su llegada hasta el recibo de las cartas. Tenía el Infante D. Felipe, su hermano, dos hijas, la una, nuestra actual Reina Doña María Luisa, y la otra, mayor, que era la Infanta Doña Isabel, que casó con el Emperador José II. Había el Rey conocido á esta última Princesa, que nació en España, y por esto, y las noticias que tenía de su educación, talento y piedad, le pro-

fesaba una particular inclinación, y pensaba sin duda, según todas las apariencias, en casarse con ella. Este interés, y el gusto con que miraba un retrato que tenía suyo eran unos indicios ciertos de ello.

Si el Rey hubiera tenido bastante resolución para hacerse superior á los respetos humanos, y para conocer la necesidad en que se hallaba de superarlos para no ser la víctima de su tristeza, hubiera dicho lo que pensaba, hubiera tomado su partido, y haciendo venir á su sobrina, hubiera sido feliz, y el reino, que le amaba, hubiera tenido el consuelo de conservarle. Esta Princesa fué adorada después por el Emperador, su esposo, y de cuantos la conocieron, y fué tanto el amor que S. M. I. la conservó siempre, que jamás pudo acostumbrarse á su segunda mujer, por más que ésta hiciese para serle grata. Entrado en San Sebastián, en uno de los dos viajes que hizo á Francia, hallándose ya viudo la segunda vez, dijo con ternura y efusión de corazón al Duque de Crillon, que le acompañaba, y me lo ha dicho: *Si estuviera cierto de hallar en una de estas mujeres, aunque fuese del pueblo, una española como la que tuve la desgracia de perder, me casaría con ella en el momento.* Este dicho, en la boca de un Príncipe que no había tenido nunca pasión por ninguna mujer, es un elogio completo del mérito de esta Princesa.



La timidez natural del carácter de Fernando le privó, pues, de poseerla, y continuó siempre aumentando su melancolía.

He visto en Viena, en el panteón de los Capuchinos, los sepulcros de las dos mujeres del Emperador José, inmediato uno á otro, y he notado en ellos una cosa muy singular. En el de la pamesana, que amaba tiernamente, está un corazón, y en él, me parece, el retrato del Emperador. En el de la bavaresa, que S. M. I. no podía sufrir, sólo hay una serpiente redonda con la cola en la boca, que, aunque es símbolo de la eternidad, atendidas las circunstancias, parece hubiera podido omitirse y preferir otro emblema menos susceptible de interpretación.

Otro inesperado suceso fué el que dió el último golpe al ánimo demasiado abatido de este Monarca. El Rey D. Josef II de Portugal, hermano de la Reina Bárbara, cuya falta era la causa de su tormento, yendo de noche en su calesa á casa de la Marquesa de Tavora, según su costumbre, acompañado sólo de su ayuda de cámara Texeira, se vió asaltado por varias gentes á caballo, que, deteniendo al postillón, le tiraron un tiro á la calesa, que hirió á S. M., habiendo tenido la fortuna de que faltase fuego al trabuco con que tiraron al postillón, con lo cual pudo galopar y salvar la persona del Rey. Según los indicios, el que tiró al postillón fué el

mismo Duque de Aveiro, Mayordomo mayor del Rey, á quien todo Lisboa atribuía al día siguiente á voces este intentado asesinato. Su carácter personal, su ambición insaciable y las relaciones del Rey con la Marquesa de Tavora, estaban tan complicadas entre sí, que dieron lugar á esta uniformidad de opinión, que fué un grito casi general luego que se traslució en el público esta triste noticia. Al día siguiente fué el Duque á ver al Rey, que se hallaba en la cama, como si nada supiese del hecho, y S. M. le recibió como si no sospechase de él. Con todo, un ayuda de cámara, favorito del Monarca, escribió en un papel después de la visita: *El asesino del Rey es el Duque de Aveiro.* Y lo dió sellado á un amigo suyo, diciéndole no le tocarse hasta que él se lo dijese. Así se hizo, y se realizó su previsión. Inmediatamente empezó á instruirse con la mayor reserva el proceso, bajo las órdenes y dirección del famoso Marqués de Pombal, Ministro favorito, que siguió tratando al Duque como si nada hubiese. Este, con todo, acusándole su conciencia, y mirando acaso como sospechosa aquella misma tranquilidad, quiso descubrir terreno, y fué un día á ver al Marqués de Pombal, para pedirle apoyase una pretensión que tenía, y decirle que si S. M. no hallaba inconveniente, se iría por unos días á una quinta ó casa de campo que tenía del otro lado del río, entre Lisboa y



Setuval. El Marqués estaba justamente con su proceso entre las manos, que ocultó, como puede creerse, de modo que no lo viese. Le oyó con el mayor agrado, y le dijo *que no hallaba el menor inconveniente en que partiese, y que, en cuanto á su asunto, que le tenía muy presente, y que no debía dudar se le haría la justicia que merecía.*

Fuese tranquilo el Duque á su casa de campo, en la cual fué arrestado poco después, de resultas del gran proceso, en que fueron condenados á muerte el Duque de Aveiro, Conde de Atouguia y Marqués de Tavora y demás señores comprendidos en la causa, que padecieron su castigo el día 13 de Enero de 1759, día de horror y consternación para toda Lisboa, que no se olvidará nunca. En él dió el Marqués de Pombal, aun Conde de Oeiras, una prueba bien grande de su despotismo y del punto de abatimiento á que había reducido la nobleza del reino. Mandó aquella misma tarde á todos los parientes de los reos que no se hallaban presos, y que, por consiguiente, no se miraban como implicados en el asunto, se vistiesen de gala y fuesen á palacio á besar las manos á SS. MM. y á darle gracias de haber castigado á unos parientes que miraban como infames y traidores á sus Soberanos. Así lo hicieron, de tan mala gana como puede considerarse, y me han confirmado en Lisboa veintiséis años después, llenos aún de

cólera y horror los mismos que entonces pudieron reprimirla, que estaban viendo humear el cadalso en que ardían las cenizas de sus próximos parientes desde el palacio en que ellos estaban reunidos para celebrar su ejecución.

Este proceso es uno de los más famosos de la Europa; ha dado mucho que hablar contra el Marqués de Pombal, que todos convienen en que, por sus fines particulares, extendió el rigor sobre algunos inocentes, aunque no hay quien cuente en este número al Duque de Aveiro. Es cierto que el Marqués de Pombal, no siendo de las familias primeras del reino, y siendo altivo y ambicioso, hizo siempre un estudio de abatir á una nobleza orgullosa que conocía le miraba con desprecio, y se aprovechó de esta ocasión para conseguirlo y ejercitar algunas venganzas y opresiones crueles, de que no desistió hasta que, muerto el Rey, veinte años después, y falto de poder, le hicieron retirar. La Reina María I, actualmente reinante, hizo salir de las cárceles á todos los destinados á morir en ellas, entre los cuales se vieron muchos que se suponían ya muertos, y se vió faltaban otros que se creían aún vivos. Entre los primeros merece tenerse presente uno llamado Enserrabodes, que había sido Ministro en Inglaterra, y luego en Roma, y que el Marqués había hecho retirar de este último destino porque no se conformaba á sus



ideas religiosas. El Rey de Inglaterra le había estimado mucho durante su residencia en Londres por su gran talento y mérito, y se interesó con el Rey Don Josef para que le diese su libertad, haciéndole hablar por su Ministro en Lisboa. Viendo que no tenía respuesta, resolvió escribirle, y mandó á su Ministro diese al mismo Rey su carta. Así lo hizo, y habiendo S. M. hablado á Pombal, diciéndole quería dar gusto al Rey de Inglaterra, este Ministro le replicó no era posible, porque Enserrabodes había muerto, y para probarlo, dió á otro una pensión que él tenía. Así me lo ha contado el mismo muerto, en Lisboa, en 1785. En la segunda clase merece singular atención el Conde de la Rivera. Este había podido entretener una correspondencia con su mujer por medio de un negro, por el cual la Condesa le enviaba papeles y dinero. Muerto el Conde, vió el negro le faltaba aquel recurso, y tuvo la maña de continuar una correspondencia seguida, por medio de la cual, á más del pago de su trabajo, se embolsaba los socorros que le daban para el difunto Conde. Abiertas las cárceles, la Condesa envió á buscar á su marido, y se preparaba á recibirle; corre á la escalera, cuando ve de lejos el coche, llega éste, y, en vez de su marido, ve sólo al criado, que, á fuerza de pretextos, procuró prepararla lo que pudo á recibir la noticia de su muerte. Por este estilo

hubo otros varios sucesos sumamente extraños. Pero entre ellos no debe omitirse el del Conde de San Lorenzo. Era este señor gentil hombre de cámara, favorito del Infante D. Pedro, que sucedió al Rey D. Josef II, como marido de la Reina Doña María. El motivo de su arrestación fué la predilección que el Infante tenía por él, y las sospechas del Marqués de Pombal de que le servía de espía á favor de los Jesuítas, á que S. A. y él eran adictos. Esto bastó para encerrarle como á los otros, mostrándose el Infante muy ofendido de esta providencia. Creía, pues, el Conde que, luego que subiese al trono, el primer objeto del nuevo Rey sería librar á su favorito, que sabía padecía por él; pero ninguna demostración hizo á su favor, y salió de la prisión á su turno, como uno de tantos. El Conde, que es hombre de mucho talento, instrucción y carácter, no podía ser insensible á esta indiferencia, y, desde que salió del encierro, se le notó una maña singular y única, pues en todo lo demás estaba muy racional, sin la menor agitación en nada, ni aun en su maña, fuera de la cual hablaba de literatura, historia y de todos los demás ramos, en que estaba muy instruído, y su memoria y modo de producirse hacia su sociedad tan agradable é instructiva como lo había sido siempre. Su maña única fué fijarse en la época en que entró en el castillo, y renunciar



á reconocer cuanto había sucedido después. El Rey D. Josef y Pombal reinaban siempre para él en Portugal. El Rey D. Pedro era siempre el Príncipe del Brasil, y en él esperaba, haciéndose lenguas de sus virtudes y repitiendo las honras que le debía constantemente. Clemente XIII ocupaba siempre la Silla apostólica, y así de lo demás. Esta situación le impidió el ir á la Corte, ni ver á nadie. Retiróse en este estado á un Monasterio, llamado la Penina, que está en lo más alto de la sierra de Cintra, y allí se mantuvo algunos años, haciendo una vida cristiana y estudiosa, y siendo las delicias de los tres ó cuatro religiosos que habitaban aquel desierto. De él se pasó después á Lisboa al convento de las Necesidades, de Padres de San Felipe de Neri. Allí hay hombres muy dignos é instruídos, y una biblioteca selecta, que le ocupa enteramente. Tiene más sociedad y ve á tal cual de sus parientes y amigos muy íntimos. Todos le hallan el mismo que antes, salvo en el artículo dicho, en que no da cuartel, manteniéndose siempre en no pasar adelante de la época de su arrestación, como la de su muerte para el mundo.

Semejante conducta, combinadas todas las circunstancias, acredita, á mi modo de ver (y no soy el solo), que el respetable Conde de San Lorenzo, lejos de estar maniático, nos da una lección muy rara, y acaso única, de tesón, pruden-

cia y honor. Ofendido y olvidado por el que fué la causa de su arresto, y no pudiendo tomar de él la satisfacción que hubiera exigido de un igual suyo, creyó no podía presentarse á su Soberano como verdaderamente reconocido, cuando andaban contra él en su corazón justos motivos de resentimiento, y que el mismo Rey podría sentirlos en su corazón cuando le viese, conociendo su falta de consecuencia y amistad. Para evitar, pues, los malos ratos recíprocos de semejantes reflexiones y sus resultas, y convencido, después de diez y ocho años de encierro, de lo que vale el mundo y las Cortes, se resolvió á renunciar á uno y otro, y dar una nueva lección decorosa y prudente y verdaderamente filosófica, de consecuencia y amistad á quien le había faltado á uno y otro, sin salir del deber que le imponía la calidad de vasallo. Esto debe servir de ejemplo á todos, y mucho más á los Soberanos, cuya elevación los expone más á incurrir en estas faltas, en perjuicio suyo y de su reino, pues las personas de carácter, consecuencia, verdadero mérito y reflexión cuentan menos de lo que pudieran con sus demostraciones, y aun con sus resoluciones, y, alejándose de ellos, dejan el puesto á los tontos y aduladores bajos, ó á los ambiciosos malignos, que los ocupan en descrédito del mismo Soberano y en detrimento del bien de sus vasallos.



Este Ministro singular, uno de los primeros que ha tenido el Portugal, es, como todos los hombres, un compuesto de buenas y malas calidades, y de la combinación de unos y otros, resulta tenía calidades grandes para el mando, y que si, en vez de haber sido ministro, hubiera nacido Rey de Portugal, no hubiera incurrido en las faltas que cometió, y que nacieron las más de su situación. Si su cuna le hubiera hecho tan superior á los otros como creía serlo por su talento, no hubiera necesitado de cometer las faltas que no tuvieron otro estímulo que el de querer avasallar á los otros, y si han sido ciertos los defectos que atribuyen á su ambición para enriquecer su casa, ó no los hubiera tenido tampoco, ó si era ambicioso, su ambición le hubiera hecho guerrero y conquistador, y hubiera mudado de nombre.

Otra prueba de lo dicho es que, mientras su Ministerio, hizo con su prepotencia se casase su hijo segundo con la hija heredera del actual Embajador de Portugal en París; pero esta señora, que tenía otra inclinación, tuvo más tesón que todos los suyos, y jamás cohabitó con su marido, de modo que, aunque la pusieron en un convento para forzarla á ello, sufrió la prisión, que acabó por casarse con el otro.

Entonces el Marqués casó á dicho hijo segundo con una heredera de la familia Tavora, cuyo

padre, Nuño de Tavora, tenía y mantuvo preso, sin que ni siquiera supiera la boda. Cuando salió este hombre virtuoso de la prisión en que el Marqués le había tenido diez y ocho años, y de que sólo lo sacó la justicia de la Reina, halló que su yerno, heredero de su casa, era un tonto, hijo de su Nerón. Lo único que dijo al saberlo fueron estas palabras: *Dios lo ha querido; á mí me faltaría esto para purificarme*, y abrazándole, ha continuado en tratarle como si él mismo hubiera hecho la boda. Sólo una verdadera religión puede producir semejantes efectos en el corazón del hombre convencido íntimamente de ella, y así he querido, hijos míos, no ignoréis este ejemplo de su poder y utilidad aun en lo humano.

Estoy casi cierto de que en la guerra con España, en 1762, en que los ingleses ofrecieron al Rey de Portugal y á su familia un asilo en su reino (en que nada hubiera perdido la Inglaterra), el Marqués lo rehusó, y tenía pronta una flota con todo lo necesario para un viaje de mar de seis meses de la familia real. No tenía otra mira en esto que la de transplantarse á la América y establecer en el país un nuevo reino de Portugal sin límites. Esta idea era propia de su genio y ambición de gloria. Por ella tenía la de ser el establecedor de la revolución y nuevo Imperio del otro mundo, que tanto tiempo hace



nos estaba pronosticada y que otros han realizado después. El hubiera enriquecido como hubiera querido su familia, y aquellos habitantes le hubieran mirado como una divinidad, y hubieran adoptado, como venida de ella, todas las leyes que les hubiese querido imponer, y que en el corto terreno que poseían en Europa podían dar poco de sí, teniendo que vencer un sinnúmero de obstáculos autorizados por la costumbre envejecida de siglos. Allí se hubiera reído y aun hecho temer de los españoles, en cuyos dominios hubiera podido introducirse á poca costa y con muchas ventajas, en vez de que en Europa era preciso los mirase siempre con respeto y temor, y que hiciese Portugal el papel de una potencia secundaria. Tales creo eran las ideas del Marqués, sobre el cual y el singular suceso de la desgracia del Rey de Portugal y sus resultas he querido dar una noticia algo detallada, aun á costa de esta digresión.

Volviendo, pues, á lo que toca al Rey Fernando, diré que la noticia de esta inesperada y horrible desgracia hizo tanta impresión en su ánimo débil, preparado ya á la melancolía, que pasando ésta á su segundo grado, degeneró en manía. Con motivo del luto del cuñado no volvió á salir del castillo encantado en que le habían puesto para alegrarle, y pasaba horas enteras paseándose solo en su cuarto. Al fin, un día se

encerró desde por la mañana, y, no obstante de que era sumamente devoto, no abrió ni para oír Misa ni para nada, y se le veía por la cerradura de la puerta andar de arriba á abajo paseando melancólicamente. Por fortuna quedó este consuelo en medio de esta aflicción, pues, á no haber podido ver lo que hacía, hubiera sido preciso echar abajo la puerta, y sabe Dios el efecto que hubiera causado en los principios esta contradicción. Así continuó hasta las tres de la mañana del día siguiente, que se acercó á la puerta, la abrió y se presentó en chupa y gorro, llamando á la *orden* á lo ordinario, como si nada hubiera habido. Considérese la sorpresa de todo el mundo. Dió el *Santo* á lo acostumbrado, y se retiró á acostarse. Todos saben que su padre, Felipe V, había estado maniático en sus últimos tiempos, casi desde que volvió á tomar la Corona, después de la abdicación que había hecho de ella en favor de su hijo Luis, contra la voluntad de su mujer la Reina Isabel Farnesio, que bien á pesar suyo le hizo volver á subir al trono. Decía Felipe que éste ya no le podía pertenecer, y que el verdadero Rey era su hijo Fernando; que él había ya hecho su abdicación, y que era usurpador del derecho de sus hijos. Esta manía, nacida de su deseo de la inacción, le tenía triste y disgustado siempre. Llegó á tanto su desvarío, que al fin iba á pescar á las dos de



la noche, se quería montar sobre los caballos de las tapicerías y hacía otras extravagancias semejantes. Su mujer, que no se apartaba de él, las estaba ocultando cuanto podía, no sin peligro, pues á veces la amenazaba, como cuando se mete miedo á los chicos; pero ella le conocía, y no le temía, porque sabía que, aun en sus desvíos, la respetaba y quería. Falto su hijo Fernando de este auxilio necesario y continuo de una persona que le diese sujeción, hizo más rápidos progresos en él este terrible mal de la melancolía, y fué pasando de manía en manía y de extravagancia en extravagancia, habiendo estado una vez diez y ocho horas sentado sin moverse en la esquina de un taburete, y otras cosas semejantes. Procuraban distraerle; pero sin fruto, ó á lo menos muy pasajero. Hicieron venir de San Ildefonso á su hermano el Infante D. Luis, que estaba siempre en aquel sitio acompañando á su madre, y que quedó en Villaviciosa mientras vivió el Rey; pero nada se adelantó. Otro día hicieron venir al P. Rábago, Jesuíta de edad y de un aspecto severísimo, que había sido su confesor, y á quien S. M. tenía mucha sujeción. Otra vez llamaron, y vino, á la Marquesa de Aytona, camarera mayor de la Reina Bárbara, que era una señora muy respetable, y á quien el Rey quería mucho; pero no quiso verla. Lo mismo sucedió con el

Gobernador del Consejo, y aun á veces con el Sr. D. Manuel Quintano, Inquisidor general, su actual confesor. Semejantes procedimientos en un hombre de piedad y dulzura no dejaban duda de la triste situación en que se hallaba su imaginación. El Duque de Béjar, mi cuñado, su Sumiller de Corps, á quien amaba el Rey tiernamente, y que consideraba por su virtud y excelentes calidades, era el único á quien conservaba aún algún respeto, y no se separó del Rey en todo el tiempo de su enfermedad, en que le sirvieron también con el mayor celo y esmero, como sus gentiles hombres de cámara, mis sobrinos el Duque del Infantado y Marqués de Santa Cruz y los Duques de Uceda y Montellano. Desde luego que se declaró la enfermedad, entabló el Duque de Béjar una correspondencia semanal con el Rey Carlos, como su inmediato sucesor, para darle cuenta de todo cuanto pasaba. Por muerte de mi cuñado y mi hermana, su mujer, conservo vinculado en mi casa un libro encuadernado en tafíete encarnado, con presillas de plata, en que se hallan originales de su mano todas las respuestas del Rey al Duque durante la enfermedad del Rey Fernando.

Todo se pasaba en el reino durante estos diez meses de la falta de Rey y de legítimo sustituto de su persona, con la misma tranquilidad que si viviese. Parece que todos se habían dado la



palabra para darle la prueba más extraña y única del amor que le profesaban y del deseo y esperanza que tenían de su restablecimiento. Los tribunales seguían su curso regular, y por medio de las órdenes de los Ministros (de acuerdo con la Reina madre y el Rey de Nápoles), tomaron el medio término de valerse de esta expresión: *Conviene al servicio del Rey.*

Con todo, no faltaron espíritus inquietos que quisieron conmovier el público, haciendo coplas para conseguirlo, entre las cuales había unas que empezaban:

*Españoles descuidados,  
insensibles é indolentes,  
cobardes, de confiados,  
necios de puro prudentes, etc., etc.*

Este principio indica bien el espíritu que reinaba en semejantes escritos. A esto se juntó también que no faltó quien, mirando ya el sol que iba á aparecer sobre el horizonte, y formando cálculos sobre su llegada, quiso prevenirla y hacer una especie de Junta de Estado, en que entrasen el Embajador de Nápoles, como representante del inmediato heredero, y algunos de los señores principales del reino, de cuyo número no se creía excluído, siendo el motor del pensamiento. Pero todo esto se desvaneció, y la fidelidad y amor de los españoles fueron el mejor ga-

rante del orden y de la tranquilidad del reino, empleado todo en rogativas y demostraciones piadosas, propias del deseo que tenían de volver á vivir bajo el dulce yugo de su amado Fernando. Este se agravaba de día en día, y á veces se ponía furioso y mordía aun los vasos de plata con que habían reemplazado por esta razón los de cristal. Se postró al fin en la cama, en que hacía todas sus inmundicias, que arrojaba indistintamente á todos los que le servían, sin respetar ya á lo último, ni aun al mismo Duque de Béjar, que naturalmente no conocía. Con todo, tenía algunos momentos de razón, y, entre ellos, preguntando un día por el Marqués de Villadarias, Sargento mayor de Guardias de Corps, hombre devoto, á quien quería, sin dejar de conocer tenía un carácter cortesano y adulator (calidades que suelen no separarse), le respondieron estaba en la iglesia pidiendo á Dios por su salud, y replicó S. M.: *Si, sí, por mi salud;... estará pidiendo por el feliz viaje de mi hermano Carlos.*

Al cabo, pues, de diez meses de continuo padecer, murió privado de los consuelos de la religión y entre sus propios escrementos el Rey de España Fernando, el más religioso y el más pulcro de los hombres, y su mujer la Reina Bárbara, que era igualmente pulcra, murió (aunque con todo su conocimiento y Sacramentos) en el mismo estado de inmundicia. Quedó el pobre



Señor de tal modo, que me han asegurado el Duque del Infantado y el Marqués de Santa Cruz, que le vistieron después de muerto, que, al lavarle, todo el pellejo se venía con la esponja.

Ambos Soberanos se enterraron en Madrid en el Monasterio de la Visitación, que había sido fundación de la Reina Bárbara. Yo, que estaba de guardia con mi compañía, como alférez de Guardias españolas, en Aranjuez, cuando murió la Reina Bárbara, y me retiré al cabo de cincuenta días á Madrid, con sólo cinco hombres y el teniente de la compañía, pues los demás eran reemplazos de los que habían caído con tercianas, que tuve yo al año siguiente, y asistí con ellas al entierro del Rey, su esposo, no debo olvidar este día, pues en una de las descargas reventó detrás de mí el cañón de un fusil, que, por la buena calidad del hierro, se abrió sin saltar, pues, á haberlo hecho, es probable no hubiera podido dar aquí esta noticia y tributar á estos dos Soberanos, á quienes mi hermana y yo debimos nuestra educación, como lo dije al principio, este testimonio de mi reconocida memoria.

## NOTA TERCERA

*Abdicación de la Corona de Nápoles y establecimiento del Consejo de regencia durante la menor edad del Rey y de la sucesión de la Corona para después de sus días.*

Nos, Carlos III, por la gracia de Dios Rey de Castilla, etc.

Entre los graves cuidados que me ha ocasionado la Monarquía de España y de las Indias después de la muerte de mi muy amado hermano el Rey católico D. Fernando el VI, ha sido uno de los más serios la imposibilidad conocida de mi primer hijo. El espíritu de los tratados de este siglo muestra que la Europa desea la separación de la potencia española é italiana. Viéndome, pues, en la precisión de proveer de legítimo sucesor á mis Estados italianos, para partir á España, y escoger entre los muchos hijos que Dios me ha dado, y decidir cuál sea apto para el gobierno de los pueblos que van á recaer en él, separados de la España y de las Indias, esta resolución, que quiero tomar desde luego para la tranquilidad de la Europa, y para no dar lugar á sospecha alguna de que